

pues lo clásico español es el aguinaldo de Navidad, —y Rodríguez del Padrón ofrece á la «alta señora» cuyo amor ilumina su vida con resplandores secretos, una canción «por estrenas,»

e por más ser obediente,
mi corazón en cadenas,
por presente...

Representada Galicia en los últimos tiempos de la Edad Media en dos tipos de tan exquisita contextualización sentimental como Macías y Rodríguez del Padrón, no debe sorprender que el sabio Menéndez y Pelayo se incline á creer que pudo ser gallego el desconocido autor de la novela más admirable entre las idealistas, que es, en su género, lo que para el arte realista el *Quijote*.

Fué esta novela de *Amadís*, en su tiempo, un acontecimiento, no sólo literario, sino social.

Todo son obscuridades y tinieblas en cuanto á su origen. Mi amigo Teófilo Braga no ha cesado de reivindicar para Portugal esa gloria; y algunos eruditos franceses y españoles se la habían disputado á los portugueses, no sin copia de argumentos de probabilidad, pues de certeza no existe ninguno. Los gallegos, en cambio, creo que no pensábamos en reclamarla, pero sentimos grata impresión ante la conjetura del autor de los *Orígenes de la novela española*.

Lo único que positivamente consta es que la edición más antigua de *Amadís de Gaula* está en castellano y es de 1508, corregida y enmendada por Garci Ordóñez de Montalvo; claro es, por consiguiente, que existieron otras anteriores, pero se han obscurecido ó perdido. Es caso extraño este de la desaparición de ediciones enteras de una obra, y obra famosa, celebrada y leída en España; y no sólo leído, sino popular, entre lo que hoy llamaríamos la buena sociedad de aquel tiempo. Los perros aristocráticos de entonces, los lebreles esbeltos que merecían el honor de ser esculpidos en los mausoleos de sus dueños, llevaban escrito en el collar su nombre: *Amadís*.

Por ser novela de tal altura, de tal significación, que encierra y resume para los latinos el ideal caballeresco, como lo resume para los germanos el *Parzifal* de Wolfrango de Eschenbach, la disputa es agria entre eruditos. No es oportuno resumir aquí, ni aun brevisísimamente, las razones de unos y otros. A nuestro interés regional basta la hipótesis, no desprovista de firme apoyo, en indicios muy vehementes, de que el autor de la célebre historia del más firme, constante y casto enamorado, del caballero sin miedo y sin tacha, en quien se refina y eleva la aspiración lírica de la caballería andante, sea Juan Lobeira, apellidado de la provincia de Orense; ó que, si ya no fuese gallego este primer refundidor, por lo menos, del *Amadís* peninsular á fines del siglo XIII, lo fuese quien primero ideó la gentil fábula. Estaba entonces mal deslindado el terreno entre las lenguas y los temas literarios de ambos reinos, y abundaba más la prosa galaico-castellana que la propiamente portuguesa.

Menéndez y Pelayo dice textualmente: «Domina en él un idealismo sentimental que tiene de gallego ó portugués mucho más que de castellano; la acción flota en una especie de atmósfera lírica que en los siglos XIII y XIV sólo existía allí.»

Débiles son los fundamentos en que por ahora se apoya la conjetura de que *Amadís* haya nacido en la tierra de Macías y Juan Rodríguez del Padrón; pero si les faltan pruebas rigurosas ó al menos verosímiles, tienen en cambio la verosimilitud interna de las aseveraciones que responden á la psicología de una región. El romanticismo y el lirismo son del Noroeste, y el elemento épico es más bien castellano.

Hay, pues, un precioso tema en que ejercitar la actividad de los eruditos gallegos: buscar con fe y esperanza una primitiva redacción del *Amadís*. ¿No es cruel que se ignore el nombre indiscutible del autor de esa novela extraordinaria? ¿Qué incierta es la gloria de las letras! Ahí está un novelista que sólo le cede el paso á Cervantes (dentro de su concepción artística), y de quien sólo sabemos que ha sido expoliado y substituído por un burgués de Medina del Campo, dos ó tres siglos después de su muerte.

Señalo al investigador D. Celso García de la Riega esta empresa que es digna de sus fuerzas y que un azar feliz puede hacer que no sea superior á ellas, y le recuerdo que el que reconquista para su tierra

natal un trozo de espíritu, merece tanto como el que gana á filo de espada un trozo de territorio. ¡Pues no sería pequeño gozo descubrir, en algún empolvado archivo regional, en algún montón de papeles desechados ó abandonados por la ignorancia, una redacción del *Amadís* anterior á la de Montalvo, y venir por ella en conocimiento de que el amor de la señora Oriana era paisano nuestro!

* *

El año de 1910 parece haber nacido con buena estrella. ¿En qué se conoce esta buena estrella?, diréis. Pues en una infinidad de datos negativos. No hay guerra, á pesar de los tiroteos de Alhucemas; no hay gripe, á pesar de la humedad, la niebla y los catarros estacionales; no hay grandes siniestros, á pesar de las desastadas inundaciones; y digo que no hay grandes siniestros porque se consideran tales los que cuestan vidas humanas, y por fortuna, no ha costado muchas la inundación, al menos que sepamos. Fallecimientos de gente conocida en Madrid, si algunos se registran en esta entrada de año, son de personas de muy avanzada edad, como la condesa de Añover de Tormes y el marqués de Alcañices, duque de Sexto.

Este prócer era popular. Su tipo nacional castizo —conservado á pesar de sus baños de existencia europea— le hacía simpático y destacaba su figura sobre otras figuras palatinas más borrosas, más difuminadas por nubes de elegancia. La elegancia es cosa impersonal; Sexto tenía personalidad, y personalidad eminentemente española.

Sin embargo, se había casado con una señora extranjera, creo que rusa, la viuda de aquel duque de Morny cuyas intimidades escribió Daudet en *El Nabab*. «La gringa,» como desdeñosamente llamaban á la duquesa de Sexto algunas damas madrileñas, trajo una innovación: ¡fumaba! En su tierra, nadie cree que el privilegio de encender una hierba y chuparla sea atributo del sexo masculino... Fumaba «la gringa,» pues, largos cigarrillos de Oriente, y poco á poco, lo que empezó siendo motivo de escándalo, se convirtió en moda «chic.» Dieron en apurar su *cigarette* otras damas sumamente distinguidas, guapas y vestidas por el mejor sastre... El matrimonio del duque de Sexto no parecía de esos en que hay entera conformidad de temperamentos y gustos entre los esposos. El duque, lo repito, era un madrileño, casi diré un manolo. Su influencia, tal vez involuntaria, domina en aquel período de flamenquismo que adivinó al advenir la Restauración.

Era flamenco hasta su tipo, con las cortas patillas que también usó el rey Alfonso XII. En sus aficiones sobresalía la que profesó á perros y caballos. Yo simpatizo mucho con estos gustos, porque no hay cosa más bonita que un perro bonito, de raza pura y aristocrática y bien cuidado. La naturaleza, que en la especie humana concede á veces al pueblo que produzca ejemplares bellos y nobles, es más inflexible, más linajuda en los irracionales: jamás un perro sin raza valdrá gran cosa, y la ascendencia del caballo es lo primero que se pregunta para saber cómo ha de portarse. Así, aquel marqués tan democrático era meticuloso en lo que se refiere á los bichos, y cuando un perrito suyo os daba la pata, podíais estar ciertos de que era una pata noble por los cuatro costados, y que el marqués conocía perfectamente la genealogía y origen de aquel privilegiado animalito, cuyos cascabeles de plata acababan de resonar, con musiquilla ligera, debajo de un sofá ó detrás de un biombo...

En caballos, era «Pepe Alcañices» una autoridad. Ningún chalán le superaba, y su ojeada experta descubría instantáneamente los defectos y cualidades de un tronco ó de un caballo de silla... La última vez que le hablé fué en sus cocheras, enorme edificio situado cerca de la Plaza de Toros. Yo estaba allí presenciando cómo se subían algunas señoritas á una carroza de Carnaval, y apareció el duque de Sexto, lamentable ruina y resto de lo que había sido un agraciado mozo de tipo español, un gran señor brillante. Sin duda el amago de accidente ó la vejez habían embotado su memoria, porque al pronto no me reconoció. Su mirada era atónica, inexpressiva su cara. Pero así que sacaron al gran picadero descaudado, invadido por la vegetación, dos caballos andaluces, y del diestro los pasearon «para que vea vuestra cencia cómo trotan,» el semblante muerto se coloreó y se encendió con luz de vida, los negros ojos ibéricos chispearon, la inclinada espalda se enderezó, y por un momento fué otra vez el «Pepe Alcañices» de los días espléndidos, de cuando trajo á su príncipe Alfonso del destierro al trono de España...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Como acaso recordarán algunos de los que me lean, aunque la noticia ya va perteneciendo á la historia antigua, hubo un tiempo en que el nombre de gallego era sinónimo de torpe, zafio y bruto. Cuáles hayan sido los orígenes de esta fama en la Península, daría materia á un investigador curioso para quemarse las cejas indagando, revolviendo papelotes y haciendo preguntas de difícil contestación. Lo verdaderamente digno de notarse, en contraste con la opinión de nosotros formada, y que nos atribuía tanta fuerza física como estolidez intelectual, es que, en la historia literaria y sentimental española, el elemento gallego representa el elegante y delicado lirismo, el ideal fino y sublime, que de puro quinta esenciado se da la mano, desde el siglo XV, con el más exquisito modernismo actual.

Hay personajes históricos que parecen distantes de nuestro modo de sentir siglos y siglos, y los hay que creíamos enteramente contemporáneos nuestros. Tales los dos trovadores gallegos Juan Rodríguez del Padrón y Macías. Experimentamos hacia ellos lo que ellos experimentaban el uno hacia el otro, y á poco repetiríamos el ruego elegíaco del autor del *Servio libre de amor*, pidiendo que nos enterasen con Macías.

Que este atractivo novelesco de los trovadores gallegos es poderoso, lo dice bastante el hecho de que un espíritu tan crítico y amargo como el de Larra tomase á Macías, no por héroe de una novela y un drama, sino por representación de su propia personalidad, por símbolo de su alma torturada, lírica y tan enferma, como demostró su muerte. El romanticismo gallego de las figuras de Padrón y Macías es más melancólico, más hondo, más velado de brumas poéticas que el de los héroes del romanticismo castellano, como Tenorio y Sancho García. Un alma escogida y señalada con la marca de la fatalidad, como la de Larra, tenía que sentir el influjo de las otras almas profundamente sentimentales, nostálgicas y reñidas con la prosa, de los grandes trovadores gallegos que vivieron su poesía plenamente, el uno muriendo á punta de lanza traidora, ó de venablos menos agudo que la flecha de amor que le había ferido; el otro recluído en el claustro de Herbón, expiando en la penitencia la osadía de haber mirado al sol de cara; de haber amado á la reina, ó á alguna altísima dama de la corte.

Nótese que Juan Rodríguez del Padrón, en su novela autobiográfica, hace á Galicia teatro de aventuras y desventuras de andantes caballeros; y después de describir con pormenores que le envidiaría un periodista actual el castillo encantado de la esquiua Rocha, en las partes de Iria, riberas del mar Océano, y de dar detalles acerca de los primores de lujo en los mágicos jardines del palacio, llama á Galicia «la pequeña Francia,» por donde cualquiera podrá venir en conocimiento de que Galicia era, en aquel período en que la influencia é imitación de la moda francesa no cedía á la de hoy, el país más culto y elegante. Francesa es, más que española, la costumbre de dar estrenas ó regalos en primero de año—